PQ6526
.G86M8

PQ 6526
.G86 M8
Copy 1

219.

6

GALERIA DRAMATICA.

COLECCION

DE LAS MEJORES OBRAS

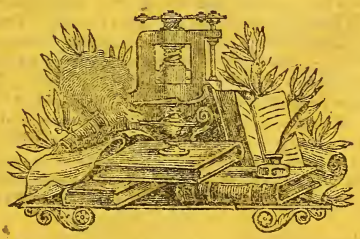
DEL TEATRO

ANTIGUO Y MODERNO ESPAÑOL

Y DEL ESTRANGERO.

POR

LOS PRINCIPALES AUTORES.



Madrid:
LIBRERIAS DE CUESTA Y RIOS.

Microfilm

CATALOGO DE LAS COMEDIAS QUE CONTIENE ESTA GALERIA,

publicadas hasta 1.° de Setiembre de 1849.

Abadía de Castro.—Abuelito.—Abuelo.—Abuela.—A cazar me vuelvo.—Acertar errando.—Accion de Villalar.—Adel el Zegrí.—Adelfo.—Afan de figurar.—A la una.—A la Zorra candilazo.—Alberoni.—Alcalde Ronquillo.—Al Cesar lo que es del Cesar.—A lo hecho pecho.—Alfonso el Casto.—Alfredo de Lara.—Alfonso Munio.—Alonso Cano.—Amante prestado.—Amantes de Teruel.—Ambicion.—Ambicioso.—Amigo en candelero.—Amigo martir.—Amo criado.—Amor de madre.—Amor de hija.—Amor y deber.—Amor y nobleza.—Amor venga sus agravios.—Amoríos de 1790.—Angelo.—Ango.—Antony.—Antonio Perez.—Apoteosis de Calderon.—A rio revuelto.—Arte de conspirar.—Arte de hacer fortuna.—Astrólogo de Valladolid.—Atrás.—Aviso á las coquetas.—A un cobarde otro mayor.—Aurora de Colon.—Ayuda de cámara.

Bachiller Mendarias.—Baltasar Cozza.—Bandera blanca.—Bandera negra.—Bárbara Blomberg.—Barbero de Sevilla.—Bastardo.—Batelera de Pasages.—Batilde, ó América libre.—Batuecas.—Blanca de Borbon.—Beltran el napolitano.—Bodas de Doña Sancha.—Borrascas del corazon.—Bruja de Lanjaron.—Bruno el tejedor.

Caballero de industria.—Caballero leal.—Caballo del rey Don Sancho.—Cada cual con su razon.—Cada cosa en su tiempo.—Calentura.—Calígula.—Calumnia.—Campanero de San Pablo.—Capas.—Capitan de Fragata.—Carcajada.—Carcelero.—Carlos II el hechizado.—Carlos V en Ajofrin.—Casada, virgen y martir.—Casamiento nulo.—Casamiento sin amor.—Casamiento á media noche.—Cásate por interes.—Castigo de una madre.—Castillo de San Alberto.—Casualidades.—Catalina de Médicis.—Catalina Howar.—Cazar en vedado.—Cecilia la cieguecita.—Celos.—Celos infundados.—Cerdan, justicia de Aragon.—Chiton.—Cisterna de Albi.—Cobradores del banco.—Coja y el encojido.—Colegialas de Saint-Cyr.—Colon y el judío errante.—Cómicos del rey de Prusia.—Comodin.—Compositor y la estrangera.—Conde Don Julian.—Conjuracion de Fiesco.—Conspirar por no reinar.—Con amor y sin dinero.—Contigo pan y cebolla.—Copa de marfil.—Corsario.—Corte del Buen Retiro, primera parte.—Corte del Buen Retiro, segunda parte.—Corte de Carlos II.—Cortesanos de Don Juan II.—Crisol de la lealtad.—Cristiano, ó las máscaras negras.—Cristóbal el leñador.—Cromwell.—Cruz de oro.—Cuándo se acaba el amor.—Cuarentena.—Cuarto de hora.—Cuentas atrasadas.—Cuidado con las amigas.—Cuñada.—Cuna no da nobleza.

Daniel el tambor.—Degollacion de los inocentes.—Del mal el menos.—Desconfiado.—Desengaño en un sueño.—Detras de la cruz el diablo.—De un apuro otro mayor.—Diablo cojuelo.—Dia mas feliz de la vida.—Diana de Chivri.—Dios mejora sus horas.—Dios los cria y ellos se juntan.—Diplomático.—Disfraz.—Disfraces á media noche.—Dómine consejero.—Don Alvaro de Luna.—Don Alvaro ó la fuerza del sino.—Don Crisanto.—Don Fernando el de Antequera.—Don Fernando el Emplazado.—Don Jaime el Conquistador.—Don Juan de Austria.—Don Juan Tenorio.—Don Juan de Marana.—Don Rodrigo Calderon.—Don Trifon, ó todo por el dinero.—Doña Blanca de Navarra.—Doña Gimena de Ordoñez.—Doña María de Molina.—Doña Mencía.—Doña Urraca.—Dos amos para un criado.—Dos hijas casaderas.—Dos doctores.—Dos coronas.—Dos validos.—Dos celosos.—Dos granaderos.—Dos padres para una hija.—Dos solterones.—Dos vireyes.—Dos venganzas y un castigo.—Dos tribunos.—Dumont y compañía.—Duque de Braganza.—Duque de Alba.—Duquesita.

Eco del torrente.—Editor responsable.—Egilona.—Elisa, ó el precipicio.—El que se casa por todo pasa.—Elvira de Albornoz.—Ella es.—Ella es él.—Emilia.—Empeños de una venganza.—Encubierto de Valencia.—Encantos de la voz.—Engañar con la verdad.—Entremetido.—Entrada en el gran mundo.—Ernesto.—Escalera de mano.—Escuela de las casadas.—Escuela de las coquetas.—Escuela de los periodistas.—Escuela de los viejos.—Espada de mi padre.—Espada de un caballero.—Españoles sobre todo.—Estaba de Dios.—Está loca.—Estrella de oro.—Errar la vocacion.—Es un bandido.—Estupidez y ambicion.—Escomulgado.

Fabio el novicio.—Familia del boticario.—Familia de Falklan.—Familia improvisada.—Fanático por las comedias.—Farsa, ó mentira y verdad.—Felipe.—Felipe el Hermoso.—Feria de Mairena.—Fernan-Gonzalez, primera parte.—Fernan-Gonzalez, segunda parte.—Finezas contra desvíos.—Flaquezas ministeriales.—Floresinda.—Fortuna contra fortuna.—Fray Luis de Leon.—Frenologia y magnetismo.—Frontera de Saboya.—Funcion de boda sin boda.

Gaban del rey.—Gabriel.—Gabriela de Belle Isle.—Galan duende.—Ganar perdiendo.—Garcilaso de la Vega.—Gaspar el ganadero.—Gastrónomo sin dinero.—Gata muger.—Genoveva.—Gondolero.—Gran capitan.—Grumete.—Guante de Coradino.—Guantes amarillos.—Guillelmo Colman.—Guillelmo Tell.—Guzman el bueno.—Gracias de Gedeon.

Hasta el fin nadie es dichoso.—Hacerse amar con peluca.—Hermana del sargento.—Hernani, ó el honor castellano.—Héroe por fuerza.—Heroismo y virtud.—Higuamota.—Hija del avaro.—Hija del regente.—Hija, esposa y madre.—Hijo de la tempestad.—Hijo de la viuda.—Hijo en cuestion.—Hijo predilecto.—Hijos de Eduardo.—Hijos de Satanás.—Hombre de bien.—Hombre gordo.—Hombre de mundo.—Hombre mas feo de Francia.—Hombre misterioso.—Hombre pacífico.—Hombre feliz.—Honor español (comedia).—Honor español (alegoría).—Honoria.—Honra y provecho.—Hosteria de Segura.—Haz bien sin mirar á quién.

UNA MUGER LITERATA.

Comedia original,

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

POR

D. José María Gutierrez de Alba.

Representada por primera vez con general aplauso en el teatro de la Comedia, en la noche del 12 de Diciembre de 1850.

Esta comedia ha sido aprobada para su representacion por la Junta de censura de los teatros del Reino en 15 de Noviembre de 1850.

MADRID.

IMPRENTA DE DON JOSÉ MARÍA REPULLÉS.

Enero de 1851.

PQ6526
.G86M8

PERSONAS.	ACTORES.
DOÑA JOSEFA.	*Doña Juana Samaniego.*
LUCÍA.	*Doña Josefa Hernandez.*
DON JUAN.	*Don Joaquin Arjona.*
DON ANTONIO.	*Don Enrique Arjona.*
ROQUE.	*Don Manuel Nogueras.*

La escena pasa en Madrid, en casa de don Juan.

Gift
Hispanic Society of America
Oct. 11, 1938

Esta comedia pertenece á la Galería Dramática, que comprende los teatros moderno, antiguo español y estrangero, y es propiedad de sus editores los *Sres. Delgado Hermanos*, quienes perseguirán ante la ley para que se le apliquen las penas que marca la misma al que sin su permiso la reimprima ó represente en algun teatro del Reino, ó en los Liceos y demas Sociedades sostenidas por suscricion de los Socios, con arreglo á la ley de 10 de Junio de 1847, y decretos Orgánico y Reglamentario de teatros de 7 de Febrero de 1849.

AL SR. D. FRANCISCO RODRIGUEZ ZAPATA.

En prueba del inalterable afecto de su verdadero amigo

El Autor.

Acto primero.

El teatro representa una sala lujosamente amueblada: puerta al fondo, que conduce á la calle: otra á la izquierda del actor, que va á las habitaciones interiores.

ESCENA PRIMERA.

ROQUE. LUCÍA.

Roque. El amo tiene la culpa
de que ande todo en la casa
manga por hombro.
Lucia. No importa.
Roque. Importa mucho. Caramba!
Me dieron ya levantado
las cinco de la mañana,
y son las diez, y en ayunas.
Lucia. Aguante un poco.
Roque. Mal haya!...
Vamos, si tengo el estómago
como el cañon de una flauta!
Lucia. No piensa mas que en comer.
Roque. Ya, como que tengo ganas.
Lucia. Pues aguarde usted un poco.
Pronto la señora acaba
su cuotidiana lectura...
Roque. Y hasta entonces?... Anda, anda!
Ten paciencia, tripa mia,
si para allá me la guardan.
Lucia. Qué dice el murmurador?
Roque. Que es un portento esta casa.
Dos años há que entré en ella...

Lucia. Desde que se casó el ama:
lo mismo que yo.

Roque. Y Dios sabe
que la paciencia me falta.
Esa buena señorita,
de libros siempre cargada,
no piensa mas que en papeles.

Lucia. Ya, como que es literata.

Roque. Y qué entendemos nosotros
de esas quisicosas?

Lucia. Vaya!
Usted será el que no entienda;
pero yo estoy ya cansada
de saber qué son sonetes,
décimas, trofas y otavas.
Como que la señorita,
cuanto unos versos acaba,
al instante me los lee
para ver si á mi me agradan.

Roque. Y entre tanto no se limpia
el polvo nunca en la casa;
si se hace giras la ropa
no hay quien le dé una puntada,
y mientras que usted escucha
esas coplas condenadas,
ó no se pone el puchero,
ó en la lumbre se achicharra.
La culpa la tiene el amo.
Si en su pellejo me hallara...
Yo pensé que la señora,
como á cualquiera le pasa,
aburriera al verse madre
esas ideas tan raras,
y cuidara de su chico,
de su esposo y de su casa;
pero nada: ni aun por esas.
Entregan el rorro á un ama,
y hacen tanto caso de él
como si al mundo lo echaran
las yerbas. Pobre angelito!
Lucia, no es una lástima?

Lucia. Deje usted á cada cual

que se maneje en su casa
á su antojo, y no se meta
en camisa de once varas.

Roque. Pues bien: dénme de comer
á las horas que Dios manda,
y yo no abriré mi boca.
(Maldita sea la casta!...)
Gracioso se pondrá el amo.
Apuesto á que está que rabia.
Si don Antonio su tio
lo supiera, si llegara
una vez á figurarse
que tras la calaverada
que en casarse hizo don Juan
sin su licencia, le tratan
de este modo...

Lucia. Y qué? Yo apuesto
á que al verla se alegraba.
No se hallan todos los dias
señoras tan ilustradas.

Roque. Y de qué sirven las coplas
para arreglar una casa?
La muger debe saber
cómo se cose y se lava,
cómo se guisa un puchero,
y cómo se hace una cama;
no que aqui ni usted ni ella,
ni el ama ni la criada
saben lo que es menester,
y asi se triunfa y se gasta.

Lucia. Si lo gasta, es de lo suyo.

Roque. A fé que mi amo lo paga.
Si no fuera por su tio,
ya no tuviera una blanca.

Lucia. Y á usted le importa?

Roque. Me importa:
veinte años há que en su casa
cómo el pan: desde chiquito
lo he criado, y me da lástima
de que mañana se vea
como otros muchos, caramba!

ESCENA II.

DICHOS. DON JUAN, *con una carta.*

Juan. Ya estás regañando, Roque?
Roque. No señor, si era...
Lucia. Es mentira.
Roque. Mire usted, tengo una ira...
Siempre hace que me sofoque.
Lucia. Todo porque no ha almorzado.
Roque. (*Ap.* No te tragara el abismo!)
Juan. Pues hombre, yo estoy lo mismo,
y ya ves que no me enfado.
Roque. Usted se pasa de bueno.
Es menester ser un santo...
Juan. Y tú riñes entre tanto
por lo tuyo y por lo ageno.
Roque. (*Ap.* Las echara con la honda
de mil demonios...)
Juan. Escucha.
Lucia. Siempre tiene hambre.
Roque. Y mucha.
Juan. Calla, iremos á la fonda.
Roque. (*A Lucía.*) Otro gasto.
Lucia. Y qué mas da?
Roque. Este ya es mucho desorden.
A fé que rica es la orden
y pocos los frailes.
Lucia. (*Con desprecio.*) Va!
Juan. Di, Lucía, y tu señora?
Lucia. Allá dentro: á lo que entiendo
está en su cuarto escribiendo.
Juan. Bien está. Vé sin demora.
Dila que el encargo mio
no olvide y salga peor;
que yo voy al parador
ahora á esperar á mi tio. (*Vase Lucía.*)

ESCENA III.

DON JUAN. ROQUE.

Roque. Pues qué, viene don Antonio?

Juan. Asi lo dice. (*Mostrándole la carta.*)
Roque. Asi sea.
Dios le inspira tal idea.
Juan. Yo digo que es el demonio.
Bien sabes tú que él ignora
que me va á encontrar casado,
y temo mas que al pecado
al genio de mi señora.
Roque. Pronto lo echará en olvido.
Eso al fin lo hace cualquiera.
Juan. Roque, Roque, y si supiera
que estoy casi arrepentido!
Roque. No se abata usted por eso.
Qué diablo! no es un Neron.
Un regañillo y perdon;
porque al cabo el preso es preso.
No han de durar los enojos
cien años. Pasando hoy...
Juan. Y cuando sepa que estoy
empeñado hasta los ojos;
que estos muebles no son mios?
Si mañana me los piden
y del cuarto me despiden...
Roque, cuántos desvaríos!
Roque. Descuide usted; él lo abona,
y al fin todo se concilia.
Juan. Qué será de mi familia,
si el tio nos abandona?
Cuando pienso... con razon
me aburro, y doy al demonio...
Roque. Sabe usted que don Antonio
tiene muy buen corazon;
y aunque un grave desatino
cometió usted en casarse,
ya no puede remediarse,
y al fin usté es su sobrino.
Juan. Luego, en viendo este desorden...
sabiendo lo que aqui pasa...
Mira, quédate tú en casa,
y pon las cosas en orden.
Mi tio no es una fiera,
y al cabo se apiadará.

A Dios, Roque: voy allá,
y salga lo que Dios quiera.

(*Vase don Juan, y Roque se queda arreglando los muebles.*)

ESCENA IV.

ROQUE.

Pues señor... bueno está el ajo!
Ahora si que será ella.
Y que á mi tambien me aguarda
una buena reprimenda.
El tal don Antonio tiene
un genio, que si se altera...
Es aragonés, y basta.
Pero ¡quiá! si cuando sepa
lo que aqui pasa, es preciso
que se ponga hecho una fiera.
Digo, y no es nada; qué polvo
en las sillas y en las mesas... (*Limpiando.*)
y él que es tan limpio... anda, anda!
Pues señor, la hicimos buena.
Cuando digo yo que hay cosas
que el diablo no las inventa...
Mas calla: aqui viene el ama;
pues, y Lucía con ella.
Jesus me valga! Si traen
encima una biblioteca!

ESCENA V.

ROQUE. DOÑA JOSEFA. LUCÍA.

(*Esta cargada de libros; aquella con tintero y papeles, que ponen sobre la mesa.*)

Josefa. Me vengo aqui á trabajar,
porque adentro es imposible.
Vamos, es irresistible
tanto y tanto vocear.
Maldito cuarto tercero.
No callan en todo el dia.

Mira, esos libros, Lucía,
pónlos junto á este tintero.
No hay sosiego para nada.
Tres conceptos en la mente,
y se me van de repente.
Ya me tienen sofocada.
No se verá un matrimonio
como ese. No hay quien lo aguante.
Qué muger tan ignorante!

Roque. Con que... viene don Antonio?

Josefa. Ya el señor le ha ido á esperar.

(*Se sienta en ademan de pensar para escribir.*)

Roque. Y ha dicho usted á Lucía...
porque ya es el mediodia,
qué se le hace de almorzar?

Josefa. (*Hablando consigo misma.*)
En esta grata mansion
que venís á embellecer,
qué os podremos ofrecer?

Roque. Que haga huevos con jamon.
Eso bien pronto está hecho.

Josefa. Calla. Dejadme un instante.
Me has quitado un consonante.

Roque. Yo no.

Josefa. Me ahoga el despecho.

Lucia. Déjela usted escribir.

Roque. Y yo la atajo quizá?

Lucia. Es que la musa se va.

Roque. Pues por dónde se ha de ir,
si está la puerta cerrada?

Josefa. De mi lira el blando acento...

Lucia. Vaya, es usted un jumento.

Roque. Y usté una desvergonzada.

Josefa. Son ustedes el demonio.

Lucia. (*A Roque.*) Calle.

Roque. No quiero callar.
Qué se le da de almorzar,
en viniendo, á don Antonio?

Josefa. Qué entiendo yo de esas cosas?
Qué me preguntas á mí?

Roque. Pues á quién?

Josefa. Vete de aqui.

Roque. (*Ap.* Pues digo que estan graciosas.)
Josefa. A mis mandatos te opones?
Roque. Me voy, señora, al momento;
y despues... que almuerce viento
como los camaleones. (*Vase.*)

ESCENA VI.

DOÑA JOSEFA. LUCÍA.

Josefa. Al fin logró sofocarme.
Mi cabeza es una fragua.
Tráeme un vaso de agua,
porque quiero refrescarme.
(*Vase Lucía, y vuelve con él.*)
Jesus, qué vida, qué vida!
Esto es para otras mugeres.
Y entre tan prosáicos seres
he de estar siempre metida?
Cuándo en grata soledad
daré rienda al pensamiento,
donde no turbe mi acento
tanta y tanta mezquindad?
Por una necia rutina,
¡oh desgraciadas mugeres!
á los mas pobres quehaceres
la sociedad nos destina,
y á vivir se nos sujeta,
sin que haya justa razon,
cifrando nuestra ambicion
en la aguja y la calceta.
Si la inspiracion bendita
con su fuego nos inflama,
es fuerza apagar la llama
con?...
Lucia. El agua, señorita.
Josefa. Dame. (*Bebe.*)
Lucia. Está fresquita? bueno.
Josefa. Néctar delicioso.
Lucia. Es fijo.
Para eso estuvo el botijo
toda la noche al sereno.

Josefa. Quién en tu terso cristal
se viera ahora retratada,
por el encanto arrullada
de la brisa matinal?
Si un dia á ser libre llego,
como el corazon presiente,
iré á beberla en la fuente.
Lucia. Alli, entre tanto gallego!
Josefa. No, en el campo, entre las flores.
Lucia. Vamos, eso es ya otra cosa.
Josefa. Siguiendo á la mariposa
de abrillantados colores.
No bajo un mísero techo
donde el corazon astilla.
Lucia. Si viera usted la boardilla!
Aquello sí que es estrecho.
Josefa. Bulle aqui la inspiracion,
y antes de nacer se apaga.
No hay aire que satisfaga.
Lucia. Quiere usted que abra el balcon?
Josefa. No; siéntate alli, Lucía,
y no me vuelvas á hablar,
porque me importa acabar...
Lucia. No diré «esta boca es mia.»
Josefa. Muy pronto, segun se espresa,
don Antonio ha de venir,
y le quiero recibir
con una grata sorpresa.
Le causará admiracion,
cuando no se lo imagina,
hallarse aqui una sobrina
tan llena de erudicion.
Lucía, qué te parece?
Lucia. Vaya! que hace usted muy bien.
Josefa. Cuando mis versos le den
el nombre que se merece...
Porque «noble protector»
le llamo en mi poesía.
No te parece, Lucia,
que este nombre es el mejor?
Lucia. Pues si hasta á mí me enagena.
Para que el gozo complete,

le encaja usted un sonete,
ó dos, ó tres, ó una ocena,
con eso de espiracion
y los insalubres lazos,
y lo del monte piernazo,
que le cause admiracion.

Josefa. Ja, ja! como no comprendes
eso que dices, Lucía,
armas una algarabía,
que tú misma no te entiendes.
Por eso me haces reir.

Lucia. Bien: yo esplicarme consigo;
pues, si no sé lo que digo,
sé lo que quiero decir.

Josefa. Al oirte no me espanto.
Sin comprender lo que escuchas...

Lucia. Me consuelo, porque hay muchas
á quienes pasa otro tanto.

Josefa. Luego en esplicar te afanas
lo que no te corresponde...

Lucia. Es cierto: yo oigo campanas,
mas no sé decir en dónde.

Josefa. Seguiré mi poesía.

Lucia. Y yo seguiré callando.

Josefa. (*Escribiendo.*)
Porque os estan aguardando
con ansia en tan bello dia.

(*Doña Josefa sigue escribiendo. Lucía habla por lo bajo.*)

Lucia. Si yo supiera, aunque malos,
tambien le hiciera mis versos;
pues dicen que otros perversos
han merecido regalos.
Hoy la ocasion me convida.
De placer en testimonio
he de dar á don Antonio
en verso la bienvenida.

(*Se acerca á la mesa, toma un papel y una pluma, y luego se pone á escribir.*)

Qué mal puede resultar,
que rian de mi torpeza?
Diz que por algo se empieza;
pues bien: yo voy á empezar.

Josefa. (*Para sí.*) Qué pobre imaginacion.
Apolo de mí se mofa.
Llegar á la última estrofa,
y faltarme inspiracion!
(*Leyendo.*) Eterno agradecimiento
sumisa os tributará.
No me gusta. Asi no está
bien redondo el pensamiento.
(*Vuelve á escribir.*)

Lucia. (*Leyendo su escrito.*)
Señor don Antonio de mi vida,
con toda la infusion de su alma
le desea á usted la calma
Lucía y se alegra de la bienvenida
Postdata,
Perdone usted estos renglones;
que si mal escritos van,
es porque la pluma estaba sin cortar
y el tintero no tenia algones.

Josefa. Gracias á Dios que acabé.
Viene el pensamiento justo,
y me ha salido á mi gusto.
Otra vez lo leeré.
(*Lee.*) Solo nos quedan, señor,
lengua para bendeciros
y afecto para serviros
como á un noble protector.
Qué estas haciendo, Lucía?

Lucia. Nada... es que...

Josefa. Qué estás haciendo.

Lucia. Nada: estaba aqui escribiendo...
no es nada, una tontería.

Josefa. (*Acercándose.*) Versos?

Lucia. Para don Antonio,
celebrando su llegada.

Josefa. A ver?

Lucia. Una patochada.

Josefa. Esta chica es el demonio.
(*Despues de leer lo que ha escrito Lucía, suelta una carcajada.*)
Jesus, qué barbaridad!
qué renglones tan perversos!

Chica, si estos no son versos.

Lucia. No? pero son la verdad.

Josefa. Sin medida... Va, no intentes...
Desiguales...

Lucia. Eso no;
que los he medido yo
con un palillo de dientes.

Josefa. Qué entiendes tú?...

Lucia. Sí señora.
(*Se oye la campanilla.*)

Josefa. Han llamado?

Lucia. (*Con alegría.*) Sí: ay Dios mio!

Josefa. Serán mi esposo y su tio.
Anda á abrirles sin demora. (*Vase Lucía.*)

ESCENA VII.

DOÑA JOSEFA. *Luego* DON JUAN. DON ANTONIO. LUCÍA. ROQUE.

Josefa. Al fin me dejó acabar
mi comenzada poesía,
y á sus ojos este dia
ufana podré brillar.

Lucia. (*Entrando.*) Ya estan aqui. Es un señor
muy respetable y muy serio.
Pregunta con un misterio...
y no gasta buen humor.

Josefa. Con que es de aspecto sombrío!

Lucia. No diré que sea gran cosa...

Josefa. (*Al verlos entrar.*) Calla.

Juan. (*Adelantándose y tomando á su muger de la mano.*) Esta es, señor, mi esposa. (*A don Antonio.*) (*A su muger.*) Nuestro bondadoso tio.

Antonio. En fin, que sea en hora buena.

Roque. (*Entrando.*) Este cofre dónde va?

Juan. Colócalo por allá,
que despues... (*Hace una señal á Lucia, que sigue á Roque.*)

Roque. (*Haciendo un gesto de desaprobacion y entrando con el cofre.*)
Anda, morena!

ESCENA VIII.

DOÑA JOSEFA. DON JUAN. DON ANTONIO.

Antonio. Mira, voy á sentarme; porque estoy,
como lo ves, molido, y el cansancio...
Josefa. Cierto.
Juan. Es muy natural.
Josefa. Largo el viaje,
y...
Antonio. Mientras van á preparar mi cuarto,
en vuestra... inesperada compañía
podré siquiera descansar un rato.
Josefa. Nuestros débiles miembros se resienten,
máxime, si no estan acostumbrados,
y tras la dura y áspera jornada
el natural reposo ambicionamos.
En el orden moral como en el físico
la próbida natura ha combinado
de tal modo las cosas, que imposible
es conservarse siempre en un estado;
y asi, para guardar el equilibrio
que estableció la omnipotente mano,
hay la serenidad tras la tormenta,
y en pos de las fatigas el descanso.
Antonio. (*Ap.* Vaya si está la moza altisonante.)
(*A don Juan.*)
Tienes una muger que es un dechado.
Josefa. Señor, ese es favor que usted dispensa
á mi ignorancia; mas favor que acato.
No siempre al que consagra sus desvelos
á cultivar el espinoso campo
de las letras le es dado en ocasiones
el poderse esplicar de un modo claro;
mas, supuesto que usted me ha comprendido,
nada á mi observacion por ahora añado.
Antonio. Bien. (*Ap.* No hablara mejor una cotorra.)
De cuanto usted ha dicho estoy al cabo.
Mas escucha, sobrino, ya que el cielo
una nueva familia me ha otorgado,
házmela conocer toda completa.
En dónde está de vuestro amor el vástago?

(*A doña Josefa con ironía.*)
Me parece que yo tambien me esplico.

Josefa. Y por cierto, muy bien.

Juan. Tio, es el caso
que ahora no puede ser que usted le vea;
porque apenas nació se lo entregamos
á un ama...

Antonio. Qué, su madre no lo cria?

Josefa. Perdone usted si la pregunta estraño.

Antonio. Estrañarla... y por qué?

Josefa. No es de buen tono;
y ademas que requiere mil cuidados
que no son con mi estudio compatibles.
Los quehaceres domésticos al cabo
si á la muger vulgar no la molestan,
las mugeres cual yo, los despreciamos.

Antonio. Pues entonces usted, qué hace en su casa?

Juan. (*Ap.* Ah!)

Antonio. Me parece, Juan, que esto va malo.

Josefa. Yo de esas mezquindades no me cuido.
Mis pensamientos son mas elevados.
En alas de mi ardiente fantasia
de lo ideal por las regiones vago.
Vivo en un mundo que respira gloria;
contemplo las edades que pasaron.
Cantando en Ilion escucho á Homero;
despues en Roma con Virgilio hablo,
y en la funesta torre de Ferrara
las quejas oigo del sublime Taso.
A Camoens sigo por ignotos mares
y á Ercilla entre el indómito araucano.
La soberbia Albion me muestra á Milton
y de Grecia las playas á lord Byron.

Antonio. Basta con eso ya, basta, señora.
Se conoce que tiene usted los cascos
un poco mas ligeros que debiera.
Te lo repito, Juan, esto va malo.
Tu muger va á morir en Zaragoza
segun todas las muestras que va dando.
(*A doña Josefa.*)
Y diga usted, con esos personages
se atreverá usté á hacer muchos guisados?

El uno de ellos lavará la ropa,
el otro coserá que será un pasmo,
y con toda esa gente, segun veo,
no harán falta doncellas ni criados.

Josefa. Antes le dije á usted que no he nacido
para esos ejercicios tan prosáicos.

Antonio. Yo no le digo á usted que usted lo haga;
pero á lo menos bien sabrá mandarlo.

Josefa. Yo no desciendo á cosas tan mezquinas.

Antonio. Con que entonces, señora, en qué quedamos?
Es usted en la casa un mueble inútil.
(De oir tanta sandez estoy volado.)
No sirve usted para criar sus hijos?
pues no los pára usted con dos mil diablos.

Josefa. Caballero!

Antonio. Lo dicho: hasta las fieras
manifiestan instintos mas humanos.

Juan. Tio, tio, por Dios.

Antonio. No es de buen tono!
(*Dirigiéndose á don Juan.*)
Vosotros los maridos mamarrachos
teneis la culpa. Porque guarden ellas
un año mas el rostro mas lozano
consentís que se entreguen vuestros hijos
á quien comercia con su cuerpo acaso.
Si, vosotros debiérais inspirarles
aversion á ese estilo condenado
que la naturaleza lo repugna
y de Dios contraría los mandatos.
Pues qué, ha venido la muger al mundo
solo á lucir sus galas y sus trapos?
Los deberes de madre y los de esposa
son deberes, señora, muy sagrados,
mucho, y la que pudiendo no los cumple
es, mas bien que muger, un espantajo.

Juan. Tio, está usted cruel.

Antonio. Lo dicho dicho.
No me muerdo la lengua en ningun caso.
Si mi lenguaje brusco no le place,
á mí tampoco sus remilgos vanos.
Yo no lo sé decir de otra manera;
quiero que seas feliz, y por lo tanto

ella ha de ser muger como Dios manda.
Y asi, para no errar, quitar el banco.

Josefa. He tenido por Dios harta paciencia
para escuchar sermon tan inspirado,
y en verdad su elocuencia no me mueve.
Fija es mi conviccion, sé lo que valgo,
y al terreno vulgar que usted me llama
no pienso descender. Muéstreme airado
su ceño la fortuna, el mundo todo
me ostente por do quiera un desengaño,
nada me importará. Para mi cuerpo
un pedazo de pan es muy sobrado,
pudiendo alimentar las ilusiones
que de mi vida forman el encanto.

Antonio. Lo veremos, señora.

Josefa. Lo veremos.
Ahora voy á escribir en mi diario
esta escena, y á fé que es muy chistosa.

Antonio. Sí?

Josefa. (*Con coquetería.*)
Le deseo á usted mucho descanso. (*Vase.*

ESCENA IX.

DON ANTONIO. DON JUAN.

Antonio. Buena la hemos hecho, Juan.

Juan. Yo nunca hubiera pensado...

Antonio. Te está muy bien empleado.

Juan. Pero tio...

Antonio. Qué dirán?
Que yo te dí la licencia
para hacer tal desatino;
que yo te allané el camino
abierto á tu inesperiencia.

Juan. Ay tio del corazon!
nunca yo á Madrid viniera!
Dígame usted lo que quiera:
tiene usted mucha razon.

Antonio. Ya que eso quisiste hacer,
para evitar mas camorra,
por qué en vez de una cotorra

no buscaste una muger?
No hace otro tanto el mas zote,
no. Para que asi cayeras
es preciso que tuvieras
los ojos en el cogote.

Juan. Escuche usted por favor.
Todo se lo iré contando,
como si estuviera hablando
á los pies del confesor.
Por vez primera la vi
una tarde en el paseo,
y en alas de mi deseo
á su casa la seguí.
Escuso aqui cuáles fueran
mis galanteos sin tasa
hasta lograr que en su casa
la entrada me permitieran.
Su madre, viuda y anciana,
siempre con ansia prolija
elogiándome á su hija...

Antonio. Para meterte mas gana.

Juan. Me hizo al cabo concebir
una esperanza tan bella,
que ya juzgaba sin ella
serme imposible vivir.

Antonio. Y juzgaste con razon
por el santo de mi nombre.
Para hacer feliz á un hombre
buena fue su educacion.

Juan. La madre solo pensaba
en elogiar su talento,
y no se cuidó un momento...

Antonio. De lo que mas le importaba.

Juan. Asi nuestro amor creció
á todo cálculo estraño,
cuando... habrá cosa de un año
huérfana y sola quedó.
Y yo viendo su horfandad,
por amparar la inocencia,
sin pedir á usted licencia
hice...

Antonio. La barbaridad.

Juan. Mire usted, querido tio,
ella es muy bien inclinada,
y en viéndose aconsejada
mejor, que mude confio.

Antonio. Quieres ahora conseguir,
y en un año no has logrado?...

Juan. Si ese año le hemos pasado
viviendo... asi... por vivir.

Antonio. Nada, Juan, nada: es preciso
poner un término á todo.
O ella piensa de otro modo
y tú tambien, ó te aviso
para que sea tu gobierno
que conmigo no conteis.
Vivid en paz, si podeis.
Yo no he menester infierno.

Juan. Señor...

Antonio. Y ténlo entendido.
Gasto muy poca paciencia.
Tomando la diligencia
me voy por donde he venido.
Si á tu muger no le importa,
yo lo tomaré con flema.
Cada loco con su tema;
que á la larga ó á la corta
el que por todo atropella
al fin paga lo que debe.
Lo que siento es que te lleve
á Zaragoza con ella.
Y no lo tomeis á broma,
todo en el mundo se paga.
Quiere? buen provecho le haga
y con su pan se lo coma.
Al que tiene cama, Juan,
y luego duerme en el suelo,
no, no hay que tenerle duelo,
que bien lo dice el refran.
En hablar mas no me canso.
No quiero que me sofoque...
Avisa que venga Roque,
porque he menester descanso.

Juan. Voy al instante. (*Vase.*)

Antonio. Pues no!
Qué remilgada y qué hueca!
Habráse visto muñeca!...
Ya, ya verá quién soy yo.

ESCENA X.

DON ANTONIO.

Ay!... Quiera Dios darme tino
para salir de este lance.
Pero que tan poco alcance
el necio de mi sobrino!
De su muger la locura
por agradarla consiente,
confiando á estraña gente
esa infeliz criatura.
Y la casa abandonada...
Puede citarse de ejemplo.
Una muger como un templo
y no sirve para nada.
Ya se ve: de esta manera
á nadie parece estraño
que al ver tanto desengaño
ninguno casarse quiera.
Las temen, y con razon.
Han llegado á figurarse
que lo mismo es el casarse
que otra cualquier diversion.
Y es tal el maligno influjo
que va ejerciendo el demonio,
que ven en el matrimonio
solo un objeto de lujo.
Asi las que en realidad
piensan bien, que son muy pocas,
no echan la culpa á las locas,
no, sino á la sociedad.
Y esta, con juicio severo,
la virtud en ellas pide,
y al no hallarla, pues, las mide
á todas por un rasero.
Vamos, hoy para casarse,

aunque nos ciegue el amor,
es menester mas valor
que para suicidarse.

ESCENA XI.

DON ANTONIO. ROQUE.

Antonio. Llega, Roque, ven acá.
Estoy que el diablo me lleva.
Roque. Señor, pues qué es lo que pasa?
Antonio. Mi sobrino es un babieca,
y tú un mal intencionado,
desagradecido...
Roque. (*Ap.* Aprieta.)
Antonio. Al saber que iba á casarse,
con escribirme dos letras
obraras como Dios manda.
Dime, es cierto que se encuentra
tan empeñado don Juan
como has dicho?
Roque. Que no sepa
que yo...
Antonio. No andes con tapujos.
La verdad se manifiesta.
Roque. Pues sí señor, es verdad;
pero...
Antonio. Me alegro. Dios quiera...
Mira, Roque, ya á lo hecho
no hay mas que tener paciencia.
Todavía tengo esperanza
de hacer de los dos carrera.
Podré fiarme de tí
para llevar una idea,
que se me ocurre, adelante?
Roque. Mándeme usted lo que quiera.
Antonio. Pues bien, Roque, entre los dos
con sigilo y con reserva
hemos de llevar á cabo
mi pensamiento.
Roque. Aunque fuera...
Yo haré lo que usted me mande

y nada mas.

Antonio. Para que ella
abandone esa mania
he pensado... Mas espera.
Nos escucharán?

Roque. Yo creo
que no.

Antonio. Por si acaso entran...
Ven, te lo diré en mi cuarto,
no sea que todo se pierda.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

Acto segundo.

La misma decoracion que en el primero.

ESCENA PRIMERA.

DON ANTONIO. *Despues* ROQUE.

Antonio. Si este ardid no sale bien
es preciso separarlos.
Yo no puedo ya sufrir
que dure mas este escándalo.
Ella en sus trece se está;
y yo que soy porfiado...
Aqui está Roque.
Roque. Señor.
Antonio. Dime, Roque, has hecho algo?
Roque. Cómo algo? pues qué quizás?...
Cuando yo tomo un encargo,
soy sutil como una zorra
y ligero como un gamo.
Antonio. Viste al mueblista?
Roque. Lo vi.
Antonio. Y luego al casero?
Roque. A entrambos.
Antonio. Y bien, quedaron conformes?
Roque. Verá ested dentro de un rato.
Antonio. Les encargaste el silencio?
Roque. Son los dos que ni pintados.
Antes que pase una hora
no quedará un solo trasto.

Antonio. Procura que no se enteren...
Roque. Nada, pierda usted cuidado.
Antonio. Pues anda y di á mi sobrino
que antes de salir lo aguardo.
Roque. Está muy bien. Ahora sí
que estoy contento, canario! (*Vase.*)

ESCENA II.

DON ANTONIO. *Luego* DON JUAN.

Antonio. Puede que en viendo el apuro
cese su maldito afan,
pues, como dice el refran,
á buena hambre no hay pan duro.
Y si al fin mi cuenta marra...
No, no he de mostrarme blando,
que aquel que ya se está ahogando
de un hierro ardiendo se agarra.
Juan. (*Entrando*)
Me llama usted?
Antonio. Sí, en verdad.
Ya que no hay ningun testigo,
quiero hablar ahora contigo
con mucha formalidad.
Apenas llegado aqui
empiezo á tirar mis cuentas,
y echo de ver que mis rentas
solo alcanzan para mí.
Sé bien lo que aqui se gasta,
y con tanto despilfarro,
que si á mano os dieran barro
con una mina no os basta.
Os habeis juntado dos
que no lo sabeis ganar,
y asi lo quereis tirar
todo, sin temor de Dios.
De algo sirve la esperiencia;
y pues no la conoceis,
no quiero que me dejeis
á la luna de Valencia.
Ya eres un hombre casado,

y si antes, sobrino mio,
á todo salió tu tio,
pues, y nada te ha faltado,
de aqui en adelante quiero
que aprendas á trabajar,
y que sepas al gastar
cómo se gana el dinero.
No tengo mal corazon,
ni es mi intento abandonarte,
y asi, queriendo dejarte
con alguna ocupacion,
á mi amigo don Gregorio
esta mañana lo vi
y me ofreció para tí
una plaza en su escritorio.
Tendrás un sueldo, aunque escaso:
los tiempos no son iguales;
os sobra con diez reales
para ir saliendo del paso.
Si no podeis mantener
quien os sirva, haya paciencia.
Ya vereis por la esperiencia
que todo se puede hacer.
Tú la pluma, ella la escoba;
otros tan buenos lo harán.
Ya se acabó el tiempo, Juan,
de comer la sopa boba.
Soy viejo, pronto me muero,
y con mi hacienda os quedais;
pero quiero que sepais
cómo se gana primero.
Con que asi, desde mañana
empiezas á trabajar,
y ella á coser y guisar
de buena ó de mala gana.
Yo nada estraño le exijo.
Si no lo sabe, que aprenda.
Es necesario que atienda
á su casa y á su hijo.
Deje de ser melindrosa;
que al casarse una muger
Dios mismo le manda ser

buena madre y buena esposa.
Comprendes bien?

Juan. Sí, señor.

Antonio. Anda á decírselo todo.

Juan. Tio... no sé de qué modo...

Antonio. Pues yo iré, y eso es mejor.

Juan. Y será usted tan cruel?...

Antonio. Nada, á un estremo otro estremo.
Antes de salir le quemo
hasta el último papel. (*Vase.*)

ESCENA III.

DON JUAN.

Si esto no es un sueño
no sé qué decir.
Dios mio, Dios mio,
qué pasa por mí?
Y es esto casarse!
Y es esto vivir!
Buena nos aguarda,
pareja infeliz!
Si esto no es un sueño
no sé qué decir.
Solteros incautos,
aprended de mí.
Contento sufriera
mil muertes y mil,
si á tan triste estado
soñara venir.
Mañana, viviendo
un chiribitil,
saldrá á recibirme
mi esposa infeliz,
llevando en la mano
un negro candil.
Y en vez del aroma
de rosa y jazmin,
serán sus perfumes
ajo y peregil.
Y es esto casarse!

Será esto vivir!
Si no estoy soñando
no sé qué decir.
Solteros incautos,
aprended de mí.

ESCENA IV.

DON JUAN. ROQUE.

Roque. Señorito, esto va malo.
Juan. Bien lo sé por mi desgracia.
Roque. Su tio de usted me ha dicho
que sale de aqui mañana,
y que no piensa volver
nunca á pisar esta casa.
Juan. Y qué nos hacemos, Roque?
Roque. Eso digo yo. Mal haya!...
Ya se ve, está disgustado,
y viendo lo que aqui pasa...
Juan. Estoy por irme al Canal
para dar fin á mis ansias.
Roque. Eso fuera una locura.
Los malos tiempos se acaban;
y en sabiendo don Antonio
que usted se aplica y trabaja,
que la señora tambien
piensa en arreglar su casa...
al fin, vamos, no es de bronce.
Verá usted cómo se ablanda.
Juan. Pero entre tanto, y mis deudas?
di, Roque, quién me las paga?
El mueblista y el casero
son hombres de mala cara.
Vendrán, y Dios sabe cómo
me arrojarán de esta casa.
Creo que no hay mas remedio
que ir á morir con las ranas.
Allí, en lo mas escondido
del Canal, donde esté el agua
mas limpia, llego y me arrojo.
Dejo á la orilla una carta

refiriendo mi infortunio;
los periódicos la estampan,
y al otro dia mi nombre
circula por toda España.
Roque, qué buena elegia
si mi müger me escuchara!

Roque. Si no está usted delirando
lo que dice es una chanza.

Juan. No, á mi fé, que hablo de veras.
Ya casi siento las ansias...
Di, Roque, se sufre mucho
cuando se introduce el agua?...
Tú no te has ahogado nunca?

Roque. Ni lo quiera Dios, caramba!

Juan. Quiero decir, no has llegado
á saber lo que se pasa?...
Debe ser cosa terrible.
Sentir que el aliento falta;
que las fatigas se aumentan,
y que la vida se acaba...
No, no: lo mejor de todo
es estarme quieto en casa,
y venga lo que viniere,
y salga por donde salga.

Roque. Cuántos hicieran lo mismo
si un poco reflexionaran!

Juan. Sí, Roque; quiero hacer frente
á las penas que me amagan;
quiero con la pluma en ristre
mostrar á mi esposa cara
que ella debe hacer calceta,
zurcir y mondar patatas,
ya que apremiantes lo exigen
las malditas circunstancias.
Allí viene. Mi buen tio
sin duda le ha hablado al alma,
segun el gesto que trae.

Roque. (*Ap.* Yo, por si vienen mal dadas,
me voy, no emprenda conmigo.
Allá los dos se las hayan.) (*Vase.*)

ESCENA V.

DON JUAN. DOÑA JOSEFA.

Josefa. Vengo á buscarte, Juan.
Juan. Aqui me tienes.
Josefa. Sabes ya el porvenir que nos aguarda?
Juan. Lo sé.
Josefa. De la fortuna á los vaivenes
el bravo corazon no se acobarda.
Juan. Segun eso, mi tio?...
Josefa. Nos hemos separado hace un momento.
Juan. Y qué?
Josefa. Su pretension es desvarío.
Sé que nos abandona
con despiadado intento;
pero á la adversa suerte desafio.
Quién puede avasallar mi pensamiento?
Oyeme, amado esposo,
sé grande, como yo, serás dichoso.
Qué importa la riqueza?
Qué vale el vil metal que llaman oro?
Si el alma de grandeza
tiene un rico tesoro,
si en grata poesía
puedes pintar la luz del claro dia,
vagar por los espacios
y fabricar palacios
de perlas y corales,
no eres harto feliz? cuánto mas vales?
Juan. Qué harás sin la riqueza,
sin ese vil metal que llaman oro?
De qué sirve que el alma de grandeza
tenga un rico tesoro,
si todo es poesía,
y al asomar la luz de cada dia,
aunque la mente corra los espacios
fabricando palacios
de perlas y corales,
no contamos con mas que diez reales?
Josefa. Procura que no falten ilusiones.
Bastan para vivir como se quiera;

y siempre que al dolor no te abandones,
tu dulce compañera
sabrá con fé sencilla
hacer tus horas gratas,
cantando, cual la tierna tortolilla,
entre las verdes matas.
Ya verás, dueño mio,
cómo en tu corazon no habrá un vacío.

Juan. Dónde irán á parar las ilusiones,
cuando haya que pagar la lavandera,
comprar hilo y agujas y botones?
Ay, dulce compañera!
Aunque con fé sencilla
te propongas hacer mis horas gratas,
lo alcanzarás, viviendo una boardilla,
y comiendo garbanzos y patatas?
Ya verás, dueño mio,
que no hay placer á estómago vacío.

Josefa. Pues bien; si no en la corte, al campo iremos;
y alli...

Juan. Qué divertidos estaremos!

Josefa. No faltará una choza solitaria
para huir de esta vida sedentaria.

Juan. El caso es, prenda mia,
que yo no sé hacer chozas todavía.

Josefa. Dime, y quién ha enseñado
al ruiseñor á hacer su nido amado
para buscar abrigo?
Ya aprenderás, mi bien; yo iré contigo.

Juan. Y de dónde el sustento alli nos viene?

Josefa. El mismo que á los pájaros mantiene
cuidará de nosotros.

Juan. Mal supones:
porque si ellos encuentran cañamones,
y con eso se dan por muy contentos,
al hallarnos hambrientos
fuerza será tambien que los comamos;
y el manjar no es sabroso, que digamos.

Josefa. Hay la perdiz, que en el espacio vuela.

Juan. Y si falta el aceite ó la cazuela?
Y aun sobrando, no sabes lo que dices.
Se cogen como quiera las perdices?

Ese es un desatino.

Josefa. Dios á nadie abandona en su camino.
Si con fé lo emprendieres,
todo lo encontrarás como quisieres,
aunque el mundo recorras.

Juan. Fíate de la Vírgen y no corras.

Josefa. En fin, esposo mio,
no quiero que avasallen mi albedrío.
Sigue mi osado intento.

Juan. Dejemos los castillos en el viento,
que no es para reir lo que nos pasa.
Quedémonos, esposa, en nuestra casa.
Vivamos, yo escribiendo,
tú guisando y cosiendo;
y aunque tengamos que comer fiambre,
mejor es eso que morir de hambre.

Josefa. No te juzgué con alma tan mezquina.
Cómo habia yo de entrar en la cocina!

Juan. El furor no te altere.
Yo me gobernaré como pudiere.
Sigue en tu estravagancia.
Para no incomodarnos, vida mia,
tú te alimentarás con poesía;
yo buscaré manjar de mas sustancia. (*Vase.*)

ESCENA VI.

DOÑA JOSEFA. *Luego* LUCÍA.

Josefa. Y se va! Pobre alma mia,
nadie á comprenderte alcanza.
Tus sentimientos ahoga
en medio de la ignorancia,
y en el lodazal del mundo
tu noble entusiasmo apaga.

Lucia. Qué tiene usted, señorita?
(*Ap.* Válgame Dios, qué agitada!)

Josefa. (*Sin atenderla.*)
La desgracia me persigue
entre gentes tan prosáicas;
pero no con sus rigores
ha de lograr que me abata.

Lucia. Si es que está usted componiendo,
me voy, no quiero estorbarla.
Josefa. Eres tú? Llega, Lucia:
tú sola en mis tristes ansias
podrás prestarme el consuelo
que mi corazon reclama.
Lucia. Pero qué es lo que usted tiene,
y por qué son esas lágrimas?
Josefa. Qué tengo? Me es imposible
vivir mas en esta casa.
Aqui nadie me comprende.
Lucia. Pues acaso usted no habla
en castellano?
Josefa. Lucia,
es el lenguaje del alma
el que á comprender no llegan.
Lucia. Mire usted!
Josefa. Cuando impulsada
por la ardiente fantasía,
del entusiasmo en las alas
á las sublimes regiones
de un mundo ideal se lanza,
en vez de seguir su vuelo,
pretenden encadenarla.
Lucia. A quién?
Josefa. A quien no ha nacido
para una vida prosáica,
y acariciando en su mente
mil ilusiones doradas,
de su mision en el mundo
tiene una idea mas alta.
Comprendes ahora, Lucia,
lo inmenso de mi desgracia?
Lucia. Cierto. (*Ap.* De cuanto me ha dicho
no entiendo ni una palabra.)
Josefa. Nunca el tio de mi esposo
por estas puertas entrara.
El ha venido á turbar
mi dulce y tranquila calma.
Lucia. Ay! calle usted, señorita.
Tambien á mi esta mañana...
Si usted viera... cuando fui

á darle, como una gracia,
los versos que le compuse
celebrando su llegada...
Yo que esperaba un regalo...
y veo que los agarra...
y... no sé qué fue mas pronto,
si leer lo que alli estaba,
ó hacer el papel pedazos
y arrojármelo á la cara,
diciendo que usted y yo
somos locas rematadas.

Josefa. No lo estraño: en este siglo
de mezquindad, de ignorancia,
califican de locura
los arrebatos del alma.
Pero tú que me comprendes,
tú que escuchas estasiada
los acentos de mi lira
que el viento lleva en sus alas,
me acompañarás gustosa
á una selva solitaria.
Alli, lejos del bullicio
de esta sociedad gastada,
dando rienda al pensamiento,
seremos felices ambas,
tú escuchando mis cantares,
yo realizando mis ansias.

Lucia. Y vaya si iré con gusto!
Con tal que á la noche á casa
volvamos, porque de noche
en el campo hay cucarachas.
(*Se oye un reloj.*)
Ay, señorita, las tres!
Voy á partir la ensalada,
y á echar carbon en la lumbre,
no nos quedemos sin brasas. (*Vase.*)

ESCENA VII.

DOÑA JOSEFA.

Vamos, es imposible. No me entienden.

Qué cerebros tan mal organizados!
La culpa tengo yo, que comunico
mi pensamiento á seres tan profanos.
Ahora que ya un instante, por fortuna,
sola con mis ideas me he quedado,
quiero dar al papel las impresiones
que en el alma una huella me dejaron.
(*Se dirige á la mesa, y despues de sacar recado de escribir, cierra las puertas.*)
Triste recurso á quien tan sola vive.
No es justo que interrumpa mi diario,
ya que tan bella página me ofrece
la prueba por la cual estoy pasando.
Para que nadie venga á interrumpirme,
las puertas cierro y á mis solas hablo.
(*Sentándose y abriendo un libro.*)
Ven, dulce confidente de mi vida,
de mis secretos fiel depositario;
una vez mas sobre tus tersas hojas
grabaré mis recónditos arcanos.
Tú, despues de mi muerte prematura,
publicarás mi nombre hora ignorado,
nombre que eterno vivirá en la historia
como hoy aun vive el de la heróica Safo;
pues si ella supo renunciar al mundo
por no vivir sin su Faon ingrato,
yo, por huir de un Juan, que no me entiende,
y á la poetisa célebre imitando,
ya que al mar proceloso no me arroje
porque está lejos y el camino es largo,
quizá un ciento de fósforos me trague,
ó me eche del balcon de un piso cuarto.

ESCENA VIII.

DOÑA JOSEFA. DON JUAN.

Josefa. Se siente empujar la puerta.
(*Levantándose y guardando el libro.*)
Juan. (*Fuera.*) Diga usted que yo lo abono.
Josefa. Quién llama?
Juan. (*Fuera.*) No me conoces?

Abre con dos mil demonios.

Josefa. (*Abriendo.*) Dios mio! esto nos faltaba!

Juan. (*Entrando con una carta en la mano.*)
Todo viene junto, todo.

Josefa. Pero hombre, qué es lo que tienes?
Nunca has usado esos modos...

Juan. (*Sentándose con ademan de desesperacion.*)
Pues bien, tengo lo que tengo.

Josefa. Jesus me valga, y qué tono!

Juan. Tocaremos para hablar
todas las teclas de un órgano.
Hoy sí que estoy para ella.
Vamos, cuando no me ahorco...

Josefa. (No dijera mas, si hablara
el mismo *Orlando il furioso.*)

Juan. Sí, sí, que carguen con ellos,
y que se los lleven pronto.
Pero será una vergüenza,
un escándalo, un oprobio.
Reniego yo del mueblista,
del casero y de mí propio,
que soy quien tiene la culpa
de hallarse en este bochorno.

Josefa. Juan, estás en tu juicio?
Sin duda te has vuelto loco.

Juan. Josefa, déjame en paz,
no armemos un alboroto.
Qué diablos quieres que haga?
Mi tio está tan incómodo,
que de él no puedo esperar
siquiera un doblon de á ocho.
En esta carta el mueblista
nos apremia por el cobro
del alquiler de los trastos;
el casero, hecho un demonio
al ver que no se le paga,
quiere que salgamos pronto
de aqui, dándonos tres dias
de término perentorio.
Vamos, esto desespera
al hombre de mas estómago...

Josefa. Por poca cosa te apuras.

Si fueras hombre filósofo...

Juan. Y si tú fueras... Mas vale
que callemos uno y otro.
(*Don Antonio al paño.*)

Josefa. Y yo por qué he de callar?

Juan. Porque si el silencio rompo,
quizá usted tendrá mas culpa...

Josefa. A usted le toca tan solo
sostener todas las cargas
que acarrea el matrimonio.
Harto hacemos las mugeres...

Juan. Con andar de un lado á otro.
Y en fin, si no encuentro un medio
para salir de este ahogo,
antes que llegue mañana
ó me mato, ó me divorcio.

ESCENA IX.

DICHOS. DON ANTONIO.

Antonio. Vamos, esto no va mal.

Juan. (*Ap.* Mi tio!)

Josefa. (Ah!)

Antonio. Seguid hablando.
Segun oigo, os estais dando
pruebas de amor conyugal.

Juan. Tio, ya no sé qué hacer.

Antonio. Ahora es preciso que aguantes.
Haberlo mirado antes,
y lo mismo tu muger.
Estais dados al demonio:
esa disputa lo muestra;
sin ver que la culpa es vuestra,
pero no del matrimonio.
Mal acaba quien mal anda,
ya lo habreis oido decir.
Nunca tiene qne reñir
quien vive como Dios manda.

Juan. No imagíne usted quizás...

Antonio. Mira, de tejas abajo
todos tenemos trabajo,

unos menos y otros mas.
Si vosotros hasta ahora
habeis vivido en la holganza,
ya no os queda otra esperanza
que trabajar sin demora.
No es necesario este lujo
para que halague la vista.
Venga, si quiere el mueblista,
y llévese lo que trujo;
pues carga que tanto pesa
no la podeis resistir,
bastante hay para vivir
con seis sillas y una mesa.
Si no un cuarto principal,
contentaos con un tercero;
que vale mucho el dinero,
y el ganarlo sabe mal.
Criados? no puede ser,
ni los necesita el pobre.
Cuando la riqueza os sobre,
luego los podeis tener.
De esta verdad convencido,
y por vuestro bien mirando,
pronto irán los dos andando,
pues ya los he despedido.
Vamos, y no hay que reñir,
que eso no lo manda Dios.
Si hasta la muerte los dos
juntos habeis de vivir;
procurando cada cual
no faltar á su deber,
dulce llegareis á hacer
la vida matrimonial.
Mañana empieza el ensayo.
Lo veré, y como soy viejo,
si os hace falta un consejo...
No hay que mirarme al soslayo.
Quiero servir de testigo
á ver cómo os manejais.
Despues en paz os quedais
si me quereis por amigo.
Vamos, qué decis?

Juan. Señor...
Josefa. Estoy muy bien enterada.
(Tengo mi cuenta tirada,
y seguirla es lo mejor.)
Juan. Siempre á usted obedecí.
Mi ley será su mandato.
Antonio. De vuestro bien solo trato.
Josefa. (*Ap.* No me ha de humillar asi.)
Antonio. Tendré el gozo mas profundo
al veros en este dia
desechar con alegría
las necedades del mundo.
(*Ap.* Me lo daba el corazon.)
Adentro os aguardo, ea.
Quiero que la noche sea
de broma y de diversion. (*Vase.*)

ESCENA X.

DOÑA JOSEFA. DON JUAN.

Juan. Con que... vamos? Di que sí.
No lo oyes, que nos espera?
Josefa. Usted vaya cuando quiera;
porque yo me quedo aqui.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

Acto tercero.

La misma decoracion que en los anteriores, escepto los muebles, que serán pocos y modestos.

ESCENA PRIMERA.

DON JUAN. ROQUE.

(*Sale Roque con una maleta y don Juan lo detiene.*)

Roque. Ya creo que va de veras.
Juan. Con que no hay apelacion?
Roque. Nada, me ha dicho que lleve
su equipage al parador,
y que tome dos asientos
para marcharnos los dos.
Juan. No has podido convencerle?
Le has hablado?...
Roque. Sí señor;
pero todo ha sido inútil.
Si una vez dice que no,
escusado es replicarle.
Ha nacido en Aragon.
Juan. Qué hace allá adentro?
Roque. Esperando
el desayuno.
Juan. Tomó
mas temprano el chocolate?
Roque. Lo ha tomado, sí señor.
Juan. Y qué, se lo hizo mi esposa
á su gusto?

Roque. Eso faltó.
Como nunca lo habia hecho,
sin encomendarse á Dios,
para una jícara sola
un cuartillo de agua echó,
de modo que, al presentar
en la mesa aquel pilon
de agua color de castaña,
don Antonio me mandó
que yo me pusiera á hacerlo,
y sirvió de diversion.
Veremos: acaso arregle
el almuerzo algo mejor.

Juan. Pero tú no le esplicaste
el modo?...

Roque. Y de qué sirvió,
si ningun cuidado puso
al oir mi esplicacion?
Bien le dije: señorita,
asi se frie el jamon,
asi se monda el tomate,
asi se limpia el arroz;
al preparar el cocido
esto se echa, lo otro no;
esta berza asi se lava,
asi se pone el carbon
para que, gastando menos,
arda la lumbre mejor.
En fin, de cuanto es preciso
le fuí dando relacion;
pero segun estoy viendo,
como que no me escuchó,
me pienso que habrá sacado
lo que el negro del sermon.

Juan. Todo nos viene de molde.
Mira, por amor de Dios,
antes que tome el camino
vuélvele á hablar.

Roque. Quién, yo? No.
Quiere usted que me despida?
Cuando forma una opinion
no hay santos que le convenzan.

Juan. Yo no me atrevo.
Roque. Ni yo.
Alguien llega. Por si acaso...
Voy corriendo al parador.
(*Vase llevando la maleta.*)

ESCENA II.

DON JUAN. DON ANTONIO.

Juan. Dónde va usted?
Antonio. (*Sofocado.*) A la fonda,
á ver si puedo almorzar.
Se me ha querido burlar,
aunque la intencion se esconda.
Juan. Tio, pues qué es lo que pasa?
Antonio. Que tu bendita muger
es lo grande que hay que ver
para arreglar una casa.
Es lo mas original...
Ya tengo para admirarme,
si no ha querido jugarme
un lance de Carnaval.
El demonio no lo hiciera.
Sabes qué almuerzo me ha dad
un huevo medio quemado
con una cebolla entera.
Y luego por conclusion
el mas estraño brevage...
Como si hiciera un potage
con las sobras de un figon?
lo mismo: tomate crudo
y patatas sin mondar,
carne á medio salcochar,
y yo no sé qué otro engrudo.
Pues anda: otra rebujina
para la comida espero.
Zampando está en el puchero
cuanto cncuentra en la cocina.
Juan. Dios eterno!
Antonio. Ten cachaza.
Una viña es tal muger.
Juan. Ay tio!

Antonio. Vas á comer
pescado con calabaza.
Juan. Con que asi?...
Antonio. Buena pregunta.
Déjala: allá se las haya.
Qué importa que junto vaya,
si todo adentro se junta?
Mas hará, si mas la estrechan.
Deja que á su gusto acabe.
Juan. Pero quién come?...
Antonio. Qué sabe
el cuerpo lo que le echan?
Juan. Animas del Purgatorio!
Antonio. Vamos, vístete ligero,
porque presentarte quiero
á mi amigo don Gregorio.
Juan. Con que al fin?...
Antonio. Harta paciencia
con vosotros he tenido.
Juan. Y ahora?...
Antonio. Por donde he venido
me marcho en la diligencia.
Juan. Anda con Dios! (Suerte ingrata,
para colmo de mis males
me quedo con diez reales
y una muger literata!)
(*Vase por la puerta izquierda.*)

ESCENA III.

DON ANTONIO. *Luego* ROQUE.

Antonio. Pobre Juan! El ver su estado,
por Dios que me causa lástima;
pero yo debo ocultarles
que mi corazon se ablanda.
Sí, debo estirar la cuerda
hasta ver por dónde salta.
Roque. Está usted solo? (*Asomándose.*)
Antonio. Entra, Roque.
Roque. Acabo de ver al ama,
y tambien he visto al chico.

Tiene una risa de pascua,
y unos mofletes tan gordos...
Da gusto el verle la cara.
En la nariz y en la boca
es de su padre una estampa.

Antonio. Pero el ama qué te ha dicho?

Roque. Que hará lo que usted le mand:
Quedó vistiendo al chicuelo
para venir sin tardanza.

Antonio. Pues bien, Roque, ya tú sabes
lo que harás cuando yo salga.

Roque. Descuide usted. Y el almuerzo?

Antonio. No me hables de eso palabra.
Lo mismo que imaginamos.
Si ahora de ideas no cambia,
es preciso renunciar
desde hoy á domesticarla.

Roque. Señor, muy duro lo veo.

Antonio. Yo tambien, y eso me alarma;
pero quizá entre en razon
con la prueba que nos falta.
Mira, yo voy á salir.
Pronto mi sobrino acaba
de aviarse, y, cuando venga,
le dices que sin tardanza
vaya á buscarme. Lo entiendes?

Roque. Sabe dónde usted le aguarda?

Antonio. Dile que almorzando estoy
en la fonda de la Habana.
(*Vase por el fondo.*)

ESCENA IV.

ROQUE. *Luego* DON JUAN. DOÑA JOSEFA.

Roque. Cuánto va que no se queda?
(*Mirando al rededor de sí.*)
Qué limpio han dejado el cuarto!
Ahora se puede correr,
sin miedo de echar los trastos
á rodar.

Juan. (*Fuera.*) Buena la has hecho!

Josefa. (*Fuera.*) Pues bien, si se ha incomodado,
á fé que ya lo sabia.
Yo no puedo remediarlo.

Juan. (*Sale poniéndose los botones del cuello de la camisa. Doña Josefa con guantes y delantal.*)
Roque, dónde está mi tio?

Roque. Ahora mismo se ha marchado,
y en la fonda de la Habana
dice que queda aguardando.
Que no se tarde usted mucho.

Juan. Dile que al momento salgo;
cuanto acabe de vestirme.

Roque. Está muy bien. Voy volando.
(*Vase por el fondo.*)

ESCENA V.

DON JUAN. DOÑA JOSEFA.

Josefa. (*Examinando el cuarto detenidamente.*)
Me dan ganas de llorar.
Qué, si parece un meson!

Juan. Otro maldito boton
se me acaba de arrancar.

Josefa. Mi consola, mis floreros!
todo lo arrasaron, todo.

Juan. Si se arrancan de este modo,
me voy á quedar en cueros.

Josefa. Juan!

Juan. Pepa!

Josefa. A Dios ilusiones!
Da miedo de ver la casa.

Juan. No sabes lo que me pasa?
que me quedo sin botones.

Josefa. Quién me lo habia de decir!

Juan. Vamos, deja esa cancion,
y cóseme este boton,
porque tengo que salir.
Ya lo sabes que me espera.

Josefa. Cómo quieres que te cosa?...

Juan. Muger, no seas fastidiosa.
Cómo! de cualquier manera.

Para dar una puntada
es necesario estudiar?

Josefa. Jesus, qué modo de hablar!

Juan. Pues si te asustas de nada.

Josefa. (*Llorando.*) Dios mio!

Juan. Sí, llora, puja.

Josefa. Qué, quieres que lo eche á risa?

Juan. Si sabes que estoy de prisa.
Vamos; preparas la aguja?

Josefa. Voy allá.

Juan. Pues cuanto antes.

(*Doña Josefa entra á buscar los avíos de costura: mientras don Juan da muestras de impaciencia.*)

Muger, quieres despachar?

Josefa. (*Saliendo.*) Es que no podia encontrar...

Juan. Qué, vas á coser con guantes?

Josefa. No. (*Quitándoselos.*)

Juan. Mi paciencia se apura.

Josefa. Te enfadas?

Juan. Pero muger...

Josefa. Si temo echarme á perder
las manos con la costura.

Juan. Bien está.

(*Doña Josefa se pone á coser el boton.*)

Josefa. (No me doy traza...)

Juan. (Ya tenemos para rato.)

Josefa. No hay medio. Por mas que trato...

Juan. Todavía no?

Josefa. Ten cachaza.
Si este maldito agujero...
No te desvíes asi.

Juan. A ver? Si traes ahí
la aguja de un esterero!
cómo la has de hacer pasar?

Josefa. No hay otra.

Juan. Buena respuesta.

Josefa. Ya verás cómo entra esta.

Juan. Esto es mucho fastidiar.

(*Doña Josefa intenta de nuevo coser el boton.*)

Josefa. Ya verás cómo ahora empiezo...

Juan. Con ese lanzon maldito!...

Josefa. Calla: ya ha entrado un poquito

Juan. Cáspita, que es mi pescuezo!
(*Da un salto hácia atrás, y su muger asustada deja caer la aguja.*)
Josefa. Ay!
Juan. Por vida!...
Josefa. Te he hecho daño?
Juan. Mira cuál sale la sangre.
Corre, antes que me desangre,
trae una venda ó un paño.
Josefa. Aguarda.
(*Entra y vuelve á salir cortando con unas tijeras una camisa recien planchada.*)
Juan. El diablo me lleva.
Josefa. Aqui está. Depon tus iras.
Juan. Y vienes haciendo jiras
una camisola nueva?
Josefa. Lo primero que he encontrado.
Juan. Márchate y déjame solo.
Desde un polo al otro polo
no hay hombre mas desgraciado.
(*Se acaba de vestir apresuradamente.*)
Josefa. Ay! qué he hecho yo, Dios eterno?
Solo te vas á vestir?
Juan. Si; porque quiero salir
pronto, pronto de este infierno.
Josefa. Pero, hombre, aguarda siquiera...
Juan. (Una muger literata!)
Josefa. Arréglate esa corbata.
Juan. Voy bien de cualquier manera.
Josefa. Qué! Tanta aversion te inspiro?
Dónde vas? Esto es fatal.
Juan. Voy á tirarme al Canal,
y luego... á pegarme un tiro.
(*Sale don Juan apresurado. Doña Josefa queda algunos instantes meditabunda.*)

ESCENA VI.

DOÑA JOSEFA.

No hay remedio. Morir es mi destino.
La suerte asi lo ordena.

Mas vale cometer un desatino
que no arrastrar tan bárbara cadena
Soy para todo el mundo un embaraz
Mi despiadado esposo
me abandona furioso
por haberle clavado un agujazo.
Cuando me enamoraba,
¡ay! quién me lo diria
que el que un amor eterno me juraba
como á una fregatriz me trataria!
Voy á morir, lo sé, no me acobarda
la horripilante idea de la muerte.
Para tan dura suerte
su guadaña feroz mucho se tarda.
Mañana el caminante
llegue quizás con planta silenciosa,
y al fijar una vez la vista errante
en mi funesta losa,
asi leerá sobre la tumba helada:
«Yace aqui una heroina
que murió por no dar una puntada,
ni descender á entrar en la cocina.
Respetad otra vez, miseros seres,
la noble dignidad de las mugeres.»

ESCENA VII.

DOÑA JOSEFA. ROQUE.

Roque. Estaba la puerta abierta.
Se puede entrar, señorita?
Josefa. (Nunca falta un importuno...)
Adentro.
Roque. El ama me envia...
Vamos... no quisiera darla.
Es una mala noticia.
Josefa. Acabe ya de esplicarse.
Roque. Pues, señor, como otros dias...
me fui á ver al chicuelo...
al niño que de usted cria...
Ya se ve, le tengo ley;
y como que ya en mi vida

quizás volveré á Madrid...

Josefa. Oh qué idea me ilumina!
Dios mio!... siga usted, Roque.

Roque. Pues... quise por despedida
darle un beso tan siquiera
en sus frescotas megillas.
Angelito! Si parece...
vamos... que me conocia.

Josefa. Acabe usted.

Roque. A eso voy.
No estrañe usted, señorita...
Las mugeres son muy malas,
muy descastás, muy endinas.
No porque usté esté delante;
pero el ama es una víbora.
Y como ve que su madre
lo abandona asi... qué vida
le hace pasar la bribona!
Le maltrata y le pellizca,
haciendo para que calle
con él dos mil heregías.
Y como usted no le quiere,
porque le estorba y le evita...
vamos, eso que usted hace...
Ya, ya le esperan fatigas.

Josefa. (*Despues de una pausa, y como si despertara de un sueño.*)
Es verdad, he sido ingrata;
he sido una madre indigna,
abandonando al nacer
al hijo del alma mia.

Roque. Y como usted se descuide
tendremos una desdicha;
porque si ella no lo mata,
se muere el chico en dos dias.

Josefa. No, no, ya ha llegado el tiempo
de reparar la injusticia
que á los ojos de los hombres
y aun del cielo me denigra.
Sí, Roque, quiero estrecharle
en mis brazos conmovida.
Corra usted, que aqui le aguarda

su madre, que tendrá á dicha
consagrarle hasta la muerte
los instantes de su vida.
Que venga, que venga al punto.
Ya otro nuevo ser me anima,
y á mis ojos se presenta
un porvenir de delicias.
No seré ya la muger
de ideas necias y frívolas.
Dios ha rasgado la venda
que me turbaba la vista.
Soy madre, tengo un esposo...
Mil veces, Señor, bendita
la luz que mi alma penetra
para volverme á la vida.

Roque. (Vamos, ó yo estoy soñando,
ó me turba la alegría.)

Josefa. (*Haciendo á Roque señal de que no se detenga.*)
Roque!

Roque. Sí, voy al instante
á noticiar esta dicha
á don Juan y á don Antonio
pidiéndoles las albricias. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

DOÑA JOSEFA.

Oh qué tarde conocí
mi torpe fascinacion,
la ridícula ilusion
tras la cual ciega corrí!
Pero no es tarde quizá.
Dios, que me muestra el camino,
con su espíritu divino
mi frente iluminará.
Pronto me veré dichosa
cumpliendo con mi deber,
pues que Dios me manda ser
buena madre y buena esposa.
Todo al cabo se concilia

cuando el cielo lo dispone.
Ya que entre mis manos pone
la suerte de una familia,
consagrarle mi desvelo
serán todos mis placeres,
pues no tengo otros deberes
que los que me impone el cielo.
Trabajando noche y dia
su ventura labraré,
y de mi alma borraré
la ilusion que me engreía.

(*Se dirige á un armario, y sacando unos libros y papeles los pone sobre la mesa.*)

Mis papeles del armario
voy ahora mismo á sacar,
porque los quiero quemar
todos, hasta mi diario.
(*Se queda mirándolos indecisa.*)
Obtendrá alguno perdon?
Son de mi vida el destello...
Qué haré... Ponerles el sello
de eterna reprobacion.
No me apartes de mi intento,
Dios mio, si es que me amas.
Hasta ardiendo entre las llamas
dirán mi arrepentimiento.

(*Los envuelve todos, y escribe en el de encima con mucha rapidez.*)

Testigos de mi locura,
ya de vosotros reniego,
y á las llamas os entrego
para labrar mi ventura.

ESCENA IX.

DOÑA JOSEFA. LUCÍA.

Lucia. Señorita, aqui estoy yo.
Josefa. Ven; llegas á muy buen tiempo.
Lucia. Como que esta misma tarde
me marcho para mi pueblo,

vengo antes á despedirme
y á pedirle á usté un consejo.

Josefa. Habla, Lucia; no sabes
cuánto en el alma me alegro
de serte alguna vez útil,
ya que con mi loco ejemplo
tambien logré contagiarte...

Lucia. Señorita, si no es eso.

Josefa. Pues bien, habla: ya te escucho.

Lucia. Mire usted, tengo un deseo
de... si yo no sé esplicarme.
Es el caso que en mi pueblo
siempre me han tenido envidia,
porque escribo y porque leo,
la hija del boticario
y la hermana del barbero.
Me entiende usted? Pues ahora
que ya hace mas de año y medio
que falto de alli, quisiera,
para darles mas tormento,
que usted con una leccion
me enseñara...

Josefa. A qué?

Lucia. A hacer versos.

Josefa. Chica, estás en tu juicio?

Lucia. Mire usted, yo pronto aprendo.
Ahora ha heredado mi padre
una casa y un majuelo,
y puedo ya darme tono,
sin decir que estoy sirviendo.

Josefa. Lucia!

Lucia. Escúcheme usted
y le diré lo que intento.
Tratarme á lo gran señora;
coser? lavar! ni por pienso.
Van á tenerme una envidia...

Josefa. Se te ha trastornado el seso?

Lucia. Vaya, usted qué me aconseja?

Josefa. (*Mostrándole el legajo que está sobre la mesa.*) Mira, lee aquellos versos,
y que ellos mismos te digan
cuáles son mis pensamient-

Lucia. Que los lea! Y para qué?
Josefa. Lucía, acércate y léelos.
(*Lucía se aproxima á la mesa, y despues de leer*)
Lucia. Y esto qué quiere decir?
Josefa. Que ya se acabó aquel tiempo
de ilusiones engañosas
y de locos devaneos;
que conozco los deberes
que el mundo y Dios me han impuesto,
y que de aqui en adelante
consagraré mis desvelos
á mi esposo y á mi hijo,
porque consagrarlos debo.
Si la desgracia nos sigue,
con amorosos consuelos
mitigaré nuestras penas;
y en los quehaceres domésticos
constantemente ocupada
daré de virtud ejemplo.
Lucia. Qué mudanza, señorita!
Josefa. Si has de seguir mi consejo,
abandona esas ideas
que con ridículo empeño
seguí, y quizás te he inspirado.
Asi obtendrás el aprecio
de los pocos que en el mundo
tienen sano su cerebro.
Lucia. Dice usted muy bien; y ahora
de haber venido me alegro.

ESCENA X.

DICHAS. ROQUE.

Josefa. Por un loco desvario...
(*Se oye la campanilla.*)
Lucia. Es acá?
Josefa. Mira quién llama. (*Vase Lucía.*)
Roque. (*Entrando muy precipitado.*)
Señorita, aqui está el ama
con el chicuelo.

Josefa. Hijo mio!

(*Se dirige corriendo á la puerta del fondo y desaparece por la derecha.*)

ESCENA XI.

ROQUE.

Roque. Asi! En llegando á ver
hoy don Antonio y don Juan...
Qué! De contentos que estan
no me lo quieren creer.
(*Se oye la campanilla.*)
Ya estan aqui. Abre, Lucia.
(*Se asoma á la puerta del fondo.*)
Ahora desde este rincon
voy á observar la impresion
que les causa la alegria.
Calla, y vienen acá dentro.
No saben que ella está alli...
Pues yo me voy por aqui,
para evitar el encuentro.
(*Vase por la puerta izquierda.*)

ESCENA XII.

DON JUAN. DON ANTONIO.

Antonio. Vamos, eso no es creible.
Juan. Puede que Dios apiadado...
Antonio. Qué! Roque se habrá engañado.
Ella... tan incorregible...
Juan. En dónde estará, señor?
Antonio. Yo no sé...
Juan. (*Llamando.*) Pepa! Pepita.
Vírgen de Atocha bendita,
cuánto será mi dolor
si no es cierto!

(*Se dirige á la puerta del fondo: don Antonio le detiene.*)

Antonio. Juan, escucha.
Te lo has llegado á creer?
Juan. Y acaso no podrá ser?...

Antonio. Tienes confianza?
Juan. Mucha.
Mi corazon es leal...
Antonio. No te engañes, como sueles.
(*Repara en el legajo que está sobre la mesa, y llama hácia él la atencion de don Juan.*)
Mira, mira los papeles!
Ay, música celestial!
Juan. Y es cierto! Maldita estrella!
Antonio. Buena ocasion de quemarlos.
Juan. (*Dirigiéndose á cogerlos.*)
Yo mismo quiero agarrarlos
y... calla... escrito por ella!
(*Leyendo.*)
«Testigos de mi locura,
ya de vosotros reniego,
y á las llamas os entrego
para labrar mi ventura.»
Antonio. Es verdad?
Juan. Qué es lo que leo!
Mirelo usted. (*Mostrando el legajo.*)
Antonio. Dios la inspira.
Juan. Si me parece mentira!
Lo estoy viendo y no lo creo.
Pero dónde se detiene?

ESCENA XIII.

DICHOS. ROQUE. DOÑA JOSEFA.

Josefa. (*Fuera.*)
Entreténmelo un poquito.
Roque. (*Entrando.*)
Señorito, señorito,
mire usted, por allí viene.
Juan. (*Abriendo los brazos.*)
Esposa del alma mia!
Josefa. (*Tendiéndole los suyos.*)
Esposo del corazon!
Antonio. Se va entrando ya en razon?
Josefa. Sí, señor: Dios me la envía.
Antonio. Si es eso verdad, transijo.

Josefa. Con su gracia protectora
yo viviré desde ahora
para mi esposo y mi hijo.
Antonio. Chica, mira no sea cosa
que luego nos des que hacer.
Josefa. Cumpliré con mi deber
como madre y como esposa.
Antonio. Seré vuestro protector.
Ya no nos separaremos;
y á nuestra provincia iremos,
que allí se vive mejor.
(*A don Juan.*)
No creo que se desdeñe...
Josefa. Iré de muy buena gana.
Antonio. Tengo allí una buena anciana,
y yo le haré que te enseñe.
Juan. Oh, tio, tanta bondad!
Josefa. Señor, tan noble indulgencia!...
Antonio. Roque, vé á la diligencia,
y por cualquier cantidad
di que te den cuatro asientos.
Ya te premiaré tu ardid.
Nos iremos de Madrid,
que aquí corren malos vientos.
Roque. Voy allá.
Antonio. Mira que vueles.
Roque. Largo se me hace el camino. (*Vase.*)

ESCENA ÚLTIMA.

DOÑA JOSEFA. DON ANTONIO. DON JUAN.

Antonio. Dime, Pepa, y qué destino
daremos á esos papeles?
Josefa. Ya sobre ellos lo escribí.
Antonio. Así, cortar por lo sano.
Y yo lo haré por mi mano,
que no me fio de tí.
Con que...
Josefa. Oiga usted y no se irrite.
Antonio. Adónde vas á parar?
Josefa. Un libro quiero llevar,

si es que usted me lo permite.

Antonio. Qué oigo!

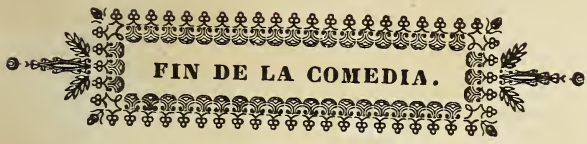
Josefa. Mi estrella me inclina,
y hasta que su influjo cese...

Antonio. Ay, Juan! Y qué libro es ese?

Josefa. Es... un arte de cocina.

Antonio. Respiro; y pues no se trata...

Josefa. No, señor, sé mi deber,
y desde hoy renuncio á ser
UNA MUGER LITERATA.



Improvisaciones.—Incertidumbre y amor.—Independencia.—Independientes.—Infanta Galiana.—Intriga y amor.—Intrigar para morir.—Ir por lana.—Isabel de Baviera.—Yerros de la juventud.—Ya murió Napoleon.

Jacobo II.—Juana de Castilla.—Juana y Juanita.—Juan Dandolo.—Juan de Suavia.—Juan de Padilla.—Judía de Toledo.—Juglar.—Juicios de Dios.—Jusepo el Veronés.—Jura de Santa Gadea.—Justicia aragonesa.

Lances de Carnaval.—Lázaro el pastor.—Lealtad de una muger.—Libelo.—Loca de Londres.—Loca fingida.—Lobo marino.—Lo vivo y lo pintado.—Lucrecia Borgia.—Lucio Junio Bruto.—Luisa.—Luis onceno.—Llueven bolétones.

Mac Allan.—Macías.—Madre de Pelayo.—Magdalena.—Makbet.—Mansion del crimen.—Marcela, ó á cuál de los tres.—Marcelino el tapicero.—Margarita de Borgoña.—Maria Remond.—Marido de la bailarina.—Marido de mi muger.—Marido y el amante.—Marino Faliero.—Massaniello.—Mas vale llegar á tiempo.—Máscara reconciliadora.—Matanmertos y el cruel.—Mateo, ó la hija del Espagnoleto.—Matilde.—Me voy á casar.—Me voy de Madrid.—Médico y huérfana.—Medidas estraordinarias.—Mejor razon la espada.—Memorias del diablo.—Memorias de un coronel.—Memorias de un padre.—Mentir con noble intencion.—Mercader flamenco.—Mi Dios yo.—Mi empleo y mi muger.—Miguel y Cristina.—Mi honra por su vida.—Mi secretario y yo.—Misterios de Madrid.—Mi tio el jorobado.—Molinera.—Molino de Guadalajara.—Morisca de Alajuar.—Mocedades de Hernan Cortés.—Muérete y verás.—Muger de un artista.—Muger gazmoña.—Mulato.

Ni el tio ni el sobrino.—Noche toledana.—No ganamos para sustos.—No hay mal que por bien no venga.—No mas mostrador.—No mas muchachos.—No siempre el amor es ciego.—Novia de palo.—Novio y el concierto.

Obrar cual noble aun con celos.—Ocasion por los cabellos.—Oliva y el laurel.—Otra casa con dos puertas.—Otro diablo predicador.

Pablo el marino.—Pablo y Faulina.—Paciencia y barajar.—Pacto del hambre.—Padre é hijo.—Padres de la novia.—Padrino á mogicones.—Page.—Palo de ciego.—Pandilla.—Parador de Bailen.—Paria.—Parte del diablo.—Partidos.—Para un traidor un leal.—Partir á tiempo.—Pascual y Carranza.—Pata de cabra.—Pedro Fernandez.—Pelo de la dehesa, primera parte.—Pelo de la dehesa, segunda parte.—Peluquero de antaño.—Pena del talion.—Perder y cobrar el cetro.—Perla de Barcelona.—Periquito entre ellos.—Perros del monte de S. Bernardo.—Pesquisas de Patricio.—Pilluelo de Paris.—Plan de un drama.—Plan, plan.—Pluma prodigiosa.—Pobre pretendiente.—Poeta y beneficiada.—Polvos de la madre Celestina.—Ponchada.—Por él y por mí.—Por no esplicarse.—Por no decir la verdad.—Pozo de los enamorados.—Premio del vencedor.—Prensa libre.—Primera leccion de amor.—Primero yo.—Primeros amores.—Primito.—Principe de Viana.—Probar fortuna.—Pro y contra.—Proscripto.—Protestante.—Pruebas de amor conyugal.—Puñal del Godo.

Qué dirán.—Qué hombre tan amable.—Quien mas pone pierde mas.—Quiero ser cómica.—Quiero ser cómico.—Quince años despues.

Ramillete y la carta.—Redaccion de un periódico.—Redoma encantada.—República conyugal.—Rey monge.—Rey loco.—Rey se divierte.—Rey y el aventurero.—Reina por fuerza.—Retascon.—Rifera ó la fortuna etc.—Rigor de las desdichas.—Ricardo Darlington.—Roberto D'Arteveldc.—Roberto Dillon.—Rodrigo.—Rosmunda.—Rueda de la fortuna, primera parte.—Rueda de la fortuna, segunda parte.

Saul.—Samuel.—Sancho García.—Santiago el corsario.—Secretario privado.—Segundo año.—Segunda dama duende.—Ser buen padre y ser buen hijo.—Simon Bocanegra.—Simpatías.—Sin nombre.—Sitio de Bilbao.—Sociedad de los trece.—Sofronia.—Solaces de un prisionero.—Solitarios.—Soltera, viuda y casada.—Solterona.—Soprano.—Sotillo.—Soto.—Soto mayor.—Stradella.—Shakespeare enamorado.

Tanto vales cuanto tienes.—Tasso.—Teodoro.—Testamento.—Tienda del rey Don Sancho.—Tio Marcelo.—Tio Tarantira.—Todo es farsa en este mundo.—Toma y daca.—Tóo jné groma.—Toros y cañas.—Travesuras de Juana.—Trenza de sus cabellos.—Tres enemigos del alma.—Trovador.—Tu amor ó la muerte.—Tumba salvada.—Tutora.

Valeria.—Vellido Dolfos.—Veneciana.—Venganza de un caballero.—Venganza de un pechero.—Ventorrillo de Alfarache.—Ventas de Cárdenas.—Vengar con amor sus celos.—Vicente Paul, ó los espósitos.—Vaso de agua.—Verdad por la mentira.—Vieja del candilejo.—Vigilante.—Viriato.—Virtud en la deshonra.—Visionaria.—Vuelta de Estanislao.

Un alma de artista.—Un año y un dia.—Un artista.—Un desafio.—Un dia de campo.—Un dia de 1823.—Un francés en Cartagena.—Un liberal.—Un ministro.—Un monarca y su privado.—Un novio para la niña.—Un novio á pedir de boca.—Un paseo á Bedlan.—Un poeta y una muger.—Una onza á terno seco.—Un rebato en Granada.—Un secreto de estado.—Un secreto de familia.—Un tercero en discordia.—Un tio en Indias.—Una aventura de Carlos II.—Una ausencia.—Una boda improvisada.—Una cadena.—Una vieja.—Una de tantas.—Una y no mas.—Una muger generosa.—Una noche en Burgos.—Una retirada á tiempo.—Una reina no conspira.—Un verdadero hombre de bien.—Un cambio de mano.—Un Jesuita.—Un marido como hay muchos.—Un trueno.—Un baile de candil.

Zaida.—Zapatero y rey, primera parte.—Zapatero y rey, segunda parte.

ESTA GALERIA

Consta de mas de 600 producciones, de las que se han formado:

12 tomos del **teatro antiguo español de Tirso de Molina**, á 160 rs.

78 idem del **moderno español**, á 20 rs. cada uno.

40 idem del **estrangero**, á 20 rs. cada uno.

Se vende en Madrid en las librerías de CUESTA, calle Mayor, y de RIOS en la de Carretas, y en las provincias en los puntos siguientes:

Alicante, Ibarra.--*Alcoy*, Marti Roig.--*Almeria*, Alvarez.--*Avila*, Corrales. *Avilés*, García.--*Adra*, Querol.--*Algeciras*, Contilló.--*Astorga*, Rocandio.--*Badajoz*, Viuda de Carrillo.--*Baeza*, Alhambra.--*Barcelona*, Piferrer y Sauri.--*Benavente*, Fidalgo.--*Bilbao*, García.--*Burgos*, Arnaiz y Villanueva.--*Barbastro*, Lafita.--*Baza*, Calderon.--*Cáceres*, Viuda de Burgos.--*Cádiz*, Moraleda y Vidal.--*Córdoba*, Manté.--*Coruña*, Perez.--*Cuenca*, Mariana.--*Calatayud*, Larraga.--*Ciudad Real*, Malaguilla--*Ecija*, Ripol.--*Ferrol*, Tajonera.--*Gerona*, Figaró.--*Granada*, Zamora.--*Habana*, Charlain.--*Huesca*, Guillen.--*Huelva*, Reyes Moreno.--*Jaen*, Calle.--*Jerez*, Bueno.--*Játiva*, Belber.--*Leon*, Viuda é hijo de Miñon.--*Lérida*, Sol.--*Logrono*, Verdejo--*Lugo*, Pujol.--*Lorca*, Delgado.--*Málaga*, Medina y Martinez Aguilar.--*Murcia*, Gisbert--*Mondoñedo*, Delgado.--*Mahon*, Vinen.--*Moron de la frontera*, Escacena.--*Orense*, Novoa.--*Oviedo*, Alvarez.--*Osuna*, Moreti.--*Puerto de Santa Maria*, Valderrama.--*Palencia*, Camazon.--*Palma*, Gelabert.--*Pamplona*, Ochoa.--*Plasencia*, Pis.--*Ronda*, Moreti y Lombera.--*Salamanca*, Oliva.--*Santander*, Riesgo.--*Santiago*, Valle y Constanti.--*San Sebastian*, Baroja.--*Sevilla*, Caro Cartaya è Hidalgo.--*Soria*, Perez Rioja.--*Santo Domingo de la Calzada*, Regidor.--*San Lucar*, Esper.--*Toledo*, Hernandez.--*Toro*, Saez.--*Talavera*, Fando.--*Tarragona*, Aimat.--*Tortosa*, Miró.--*Tudela*, Abadía.--*Ubeda*, Gorriz.--*Valencia*, Navarro.--*Valladolid*, Hijos de Rodriguez.--*Vitoria*, Ormilugue.--*Zamóra*, Escobar y Pimentel.--*Zaragoza*, Yagüe y Ascaso.

En las mismas librerías se venden las obras siguientes:

Fígaro: Cuatro tomos en 8.º marquilla con el retrato y biografía, 100 rs.

Alvarez: Derecho real, 2 tomos, 40.

Rossi: Derecho penal, 2 tomos, 36.

Astronomía de Aragó: un tomo, 14.

Estas tres obras fueron aprobadas por la Direccion general de estudios como útiles á la enseñanza pública.

Poesías de **D. José Zorrilla:** 13 tomos que se espenden sueltos, 220.

——de **D. José de Espronceda**, con su retrato y biografía: un tomo, 24.

——de **D. Tomás Rodriguez Rubí:** un tomo, 10.

Recuerdos y fantasías por don José Zorrilla: un tomo, 10.

La Azucena silvestre por el mismo: un tomo, 12.

Ensayos poéticos de D. Juan Eugenio Hartzenbusch: un tomo, 20.

Coleccion de novelas históricas originales españolas, que consta de veinte y nueve el total de tomos, á 8 rs. cada uno.

El dogma de los hombres libres: un tomo, 8.

Respuesta al dogma de los hombres libres: un tomo, 6.

Composiciones del Estudiante en verso y prosa: un tomo, 12.

Tauromaquia de Montes: un tomo, 14.

Memorias del príncipe de la Paz: seis tomos, 70.

Arte de declamacion, por Latorre: un folleto

LIBRARY OF CONGRESS
0 022 011 851 4

LIBRARY OF CONGRESS
0 022 011 851 4

Hollinger Corp.
pH 8.5